

Capítulo 16

Las siete plagas

([índice](#))

Apocalipsis 16:1-2: Entonces oí desde el templo una gran voz que decía a los siete ángeles: “Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios”. Fue el primero y derramó su copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia y que adoraban su imagen.

¡El Señor no se ha visto nunca forzado a dar una orden que le desagrade tanto como esta! Él “es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). Declaró hace muchos años: “No quiero la muerte del que muere, dice Jehová, el Señor. ¡Convertíos, pues, y viviréis!” (Ezequiel 18:32). Si el hombre hubiera permitido que se cumpliera la voluntad de Dios, todos serían salvos: “Nuestro Salvador ... quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:3-4). “Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). La única razón por la que alguien deba sufrir las siete últimas plagas es por haber resistido y rechazado la salvación que el Salvador le dio ya. Dios ha dado “a cada uno” “la medida de fe” (Romanos 12:3).

Pero por dolorosa que le resulte a Dios esa obra, no tiene otra opción, excepto darle curso. “Meted la hoz, porque la mies está ya madura. Venid, descendad, porque el lagar está lleno y rebosan las cubas; porque mucha es la maldad de ellos” (Joel 3:13).

No es la “sangre” de la uva la que va a fluir de ese gran lagar (Apocalipsis 14:20), sino la sangre de maldad. Esta tierra no ha presenciado jamás una escena semejante. Esas plagas literales no han caído todavía, ya que se las presenta como las “**plagas postreras**” (Apocalipsis 15:1 y 21:9). No pueden derramarse antes que el mundo haya sido advertido y se haya cerrado el tiempo de oportunidad para la salvación. Ese tiempo no terminará mientras quede en alguna parte un ser humano que haya de responder a las buenas nuevas de la gracia de Cristo.

Mientras el Espíritu Santo ha estado obrando en la tierra, los juicios y desastres han llevado a muchos a recapacitar y arrepentirse. Eso ha venido siendo cierto hasta ahora, tal como declara Isaías: “**Luego que hay juicios tuyos en la tierra, los moradores del mundo aprenden justicia**” (Isaías 26:9). Pero antes que se derramen las siete últimas plagas, finalmente rechazado por los impíos, el Espíritu Santo se habrá retirado de la tierra. Entonces se hará patente que las dificultades tampoco llevaron al arrepentimiento a quienes rechazaron la bondad de Dios, ya que es la “**benignidad**” de Dios lo que “**guía al arrepentimiento**” (Romanos 2:4). Apocalipsis informa de que Satanás tendrá para entonces el pleno control de los habitantes de la tierra. “**No se arrepintieron**” (Apocalipsis 16:9).

Es durante el derramamiento de esas plagas cuando se cumplirán las advertencias dadas en contra de adorar a la bestia y su imagen. Quienes rechazaron la gracia no tendrán entonces “**reposo de día ni de noche**” (Apocalipsis 14:11). Esas plagas significarán la caída de Babilonia “**en un solo día**” (Apocalipsis 18:8), que según el principio día-año de interpretación profética bíblica podría significar un año de tiempo literal.

¿Qué sería de este mundo sin el poder restrictivo del Espíritu Santo? Las multitudes no comprenden que deben toda su

seguridad y felicidad mientras prevalece en cierta medida la ley y el orden, al bendito ministerio del Espíritu de Dios en la tierra. En el tiempo de esas plagas todos verán claramente que cuando el ser humano se entrega al control de Satanás es capaz de producir por él mismo un infierno aquí, en esta tierra.

La plaga de esa “[úlceras malignas y pestilentes](#)” caerá sobre los que cedieron a la presión y recibieron la “[marca de la bestia](#)”, sea de forma sincera —en sus frentes— o no —en sus manos—. Pero el Señor da esta seguridad a su pueblo leal: “[No temerás ... a la pestilencia que ande en la oscuridad ... Caerán a tu lado mil y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegarán ... ni plaga tocará tu morada](#)” (Salmo 91:5-10).

Apocalipsis 16:3-7: El segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y este se convirtió en sangre como de muerto, y murió todo ser viviente que había en el mar. El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre. Y oí que el ángel de las aguas decía: “Justo eres tú, Señor, el que eres y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas. Por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre, pues se lo merecen”. También oí a otro, que desde el altar decía: “¡Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos!”

La segunda y tercera plagas son similares. Una cae en el mar, y la otra en los ríos y las fuentes de las aguas, convirtiéndolos en sangre. No hemos de entender que esas plagas hayan de tener un carácter totalmente universal, en cuyo caso no podría sobrevivir nadie en la tierra. Pero las noticias se extenderán por todo el mundo. Los malvados habrán proclamado un decreto para derramar la sangre del pueblo de Dios (ver Apocalipsis 13:15). Si bien no se les ha permitido llevar a cabo el hecho, su deseo e intención al respecto

los hace ante Dios culpables de homicidio (1 Juan 3:15). Eligieron reactivar las persecuciones injustas de la Edad Media. Puesto que se propusieron beber la sangre del pueblo de Dios, el juicio celestial considera apropiado que ahora se les dé a beber sangre.

Pero observa las promesas de Dios a su pueblo: “Los afligidos y necesitados buscan las aguas, pero no las encuentran; seca está de sed su lengua. Yo, Jehová, los oiré; yo, el Dios de Israel, no los desampararé. En las alturas abriré ríos, y fuentes en medio de los valles; abriré en el desierto estanques de aguas y manantiales de aguas en la tierra seca” (Isaías 41:17-18). El pueblo de Dios “habitará en las alturas, fortaleza de rocas será su lugar de refugio, se le dará su pan y sus aguas tendrá seguras” (Isaías 33:16).

Apocalipsis 16:8-9: El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, al cual le fue permitido quemar a los hombres con fuego. Los hombres fueron quemados con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas; y no se arrepintieron para darle gloria.

En los días de Elías, Jezabel indujo a Israel a la adoración a Baal, el dios sol de los fenicios. En justicia Dios permitió que el sol abrasara a Israel por tres años y medio. Un cambio sutil en la atmósfera puede hacer que el sol abraza hoy al hombre de forma similar, ya que los científicos nos advierten que el estilo de vida materialista común en los países desarrollados amenaza ya con agotar la capa de ozono.

Si los impíos humillaran sus corazones y se arrepintieran bajo esta o cualquier otra plaga serían salvos, pero lo cierto es que no se humillarán, y por consiguiente no pueden arrepentirse. Su sola respuesta es blasfemar el nombre de Dios. El grueso de la

humanidad decidirá seguir el camino del gran rebelde y sus malos ángeles.

Será bueno que hagamos aquí una pausa para reflexionar. Ante un contratiempo repentino e inesperado, ¿cuál es mi primera reacción? ¿Estoy inclinado a murmurar? ¿Estoy resentido y blasfemo contra Dios? Mediante nuestra forma cotidiana de reaccionar ante las dificultades estamos decidiendo cuál será nuestro lugar en el tiempo de las siete plagas postreras. Si creemos al evangelio recordaremos que, puesto que “Dios es amor” (1 Juan 4:8), nuestros problemas del presente no pueden separarnos de su cuidado amante. Él se preocupa hasta por la caída en tierra de uno de los pajarillos (Mateo 10:29). Quienes eligen rechazar esa verdad de que “Dios es amor” se están colocando en ese grupo de quienes van a blasfemar a Dios en el tiempo de las plagas finales.

Apocalipsis 16:10-11: El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia, y su reino se cubrió de tinieblas. La gente se mordía la lengua por causa del dolor, y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras.

Quienes sufren bajo la quinta plaga son aparentemente los mismos que sufrieron bajo la primera, ya que la plaga de oscuridad se suma a la miseria de quienes están aún sufriendo por las úlceras malignas y pestilentes. Sin embargo, se especifica que “no se arrepintieron de sus obras”. “El trono de la bestia” (ver Apocalipsis 13:2) es la ciudad que muchos consideran “santa”.

Apocalipsis 16:12-16: El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates, y el agua de este se secó para preparar el camino a los reyes del oriente. Vi salir de la boca del dragón, de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos

semejantes a ranas. Son espíritus de demonios, que hacen señales y van a los reyes de la tierra en todo el mundo para reunirlos para la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso. “Yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela y guarda sus vestiduras, no sea que ande desnudo y vean su vergüenza”. Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón.

La ira de Dios no obedece al capricho o los celos. El mundo ha rechazado la verdad y elegido la falsedad. Se ha rebelado contra los principios mismos de la vida y la justicia. Ahora, durante las plagas, los malvados demuestran a todos haber traspasado los límites de la rebelión, y dan evidencia de que no se arrepentirán en ninguna circunstancia.

Bajo la séptima plaga demuestran ser tan necios como rebeldes. Sin excepción ponen su confianza en los “**espíritus de demonios, que hacen señales**” (milagros). Ser engañado por el error no es una plaga menor que la de las úlceras malignas. En aquel tiempo sólo quienes estuvieron velando y guardaron sus “**vestiduras**”; es decir, quienes sintieron la necesidad de que Cristo cubriera su desnudez, estarán seguros contra el triple engaño que procede de la “**bestia**”: el romanismo, el “**falso profeta**”: el protestantismo apóstata que se unirá al romanismo, y el “**dragón**”: un símbolo del paganismo, que incluye —como los dos anteriores— la religión popular espiritista. Todos ellos se habrán intentado unir en una gran confederación o religión mundial: un nuevo orden. El engaño los llevó hasta allí, y los mantendrá allí. Apocalipsis desvela para nosotros cuál es el futuro del ecumenismo al alcanzar su pleno desarrollo.

La argamasa que va a unir finalmente al romanismo, al protestantismo apóstata y a las religiones no cristianas será la influencia de esos malos espíritus, que son ángeles caídos del cielo junto con Satanás. Engañaron a las personas diciéndose espíritus

de sus amados amigos y familiares muertos. El pueblo de Dios que creyó el testimonio de la Biblia rehusó ceder a esos engaños y se aferró a la declaración bíblica de que “los muertos nada saben” (ver Eclesiastés 9:5 y 10; Salmo 146:3-4; Job 14:12-22; Juan 11:11-14).

Satanás perfeccionará su arte para engañar hasta el punto de dar un falso “espíritu santo” a los cuerpos religiosos que han rechazado la verdad. Al rechazar el testimonio directo de la Biblia quedaron sin defensa ante las pretensiones de los espíritus malignos. A medida que el espiritismo imita cada vez más el cristianismo nominal de nuestros días, adquiere mayor poder para engañar y entrapar. A decir de las tendencias actuales, el propio Satanás se ha convertido. Aparecerá como ángel de luz. Se realizarán milagros mediante el espiritismo; habrá sanación de enfermos y se realizarán prodigios innegables. Y dado que los espíritus profesarán creer en la Biblia y manifestarán respeto hacia las instituciones eclesíásticas, su obra será aceptada como siendo una manifestación del poder divino.

Quienes rechazaron la verdad imaginarán estar siendo bendecidos por un maravilloso derramamiento del Espíritu Santo de Dios, pero en realidad están siendo alistados y reunidos para el último día de la gran batalla contra el propio Dios. Refiriéndose a esa gente engañada, Jesús declaró en el sermón del monte: “**Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad**” (Mateo 7:22-23).

Si bien los perdidos se han manifestado en rebeldía contra los principios de la verdad de Dios, hasta entonces no se atrevieron a luchar contra Dios mismo sabiendo que en una batalla como esa no tenían ninguna posibilidad de victoria. Pero ahora esos “**espíritus**

de demonios” los reúnen “para la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso” “en el lugar que en hebreo se llama Armagedón”. ¡Imagina su sorpresa cuando descubran por fin el motivo para el que fueron reunidos!

¿Por qué se llama Armagedón a ese “lugar”? Podemos deducirlo analizando el significado del nombre, dado que los antiguos hebreos tenían un recuerdo bien marcado, estampado en su mente y experiencia desde más de mil años atrás.

“Armagedón” les evocaba inmediatamente el recuerdo de la famosa batalla en la que los ángeles peleaban desde el cielo arrojando grandes bolas de granizo sobre los enemigos de Dios y de su pueblo Israel. El pueblo de Dios se había reunido con la intención de luchar por sus vidas ante la amenaza del rey Sísara y sus huestes en el campo de batalla de Meguido, en tierra de Canaán. El propio Dios descendió a batallar en favor de su pueblo:

“Vinieron reyes y pelearon. Entonces pelearon los reyes de Canaán. En Taanac, junto a las aguas de Meguido... Desde los cielos pelearon las estrellas; desde sus órbitas pelearon contra Sísara. Los barrió el torrente de Cisón, el antiguo torrente, el torrente de Cisón” (Jueces 5:19-21). Tan notable fue la liberación de Israel, que el relato de aquel episodio fue pasando de padres a hijos por generaciones.

Esa batalla decisiva contra Sísara en Meguido es un *tipo* (precursor o símbolo) de la batalla final en la historia de este mundo. Algunos protestarán hoy diciendo: ‘No quiero entregar mi corazón al Señor Jesús ni seguirlo en obediencia, pero hay algo que no haré jamás: luchar contra Dios’. Pero a menos que uno decida seguir a Cristo se encontrará finalmente guerreando contra él. Resultará reunido, conminado, arrastrado bajo el influjo de la sexta plaga cuando

Satanás realice sus milagros y prodigios engañosos. No existe un terreno neutral, no hay posibilidad alguna de no estar finalmente alineado en uno u otro bando de la gran batalla entre Cristo y Satanás. La batalla está en marcha y seguirá hasta su conclusión.

La Biblia enseña que somos salvos por la fe, no por obras. Pero esa fe consiste en una respuesta positiva del corazón al amor de Dios revelado en la cruz en la que Cristo entregó su vida. Esa fe “obra por el amor” y afecta a la totalidad de la vida del creyente (ver Gálatas 5:6 y 2 Corintios 5:14-21). Una respuesta negativa al amor de Dios es lo que la Biblia llama “incredulidad”. Esa incredulidad no consiste en una actitud meramente pasiva o neutra, una falta de voluntad para implicarse. Cuando se revela el amor de Dios nadie puede permanecer neutral. La incredulidad es un rechazo activo a la gracia de Dios. La batalla de Armagedón es, por consiguiente, la forma en que la Biblia se refiere al resultado final del rechazo activo a la gracia. Se retira por fin el barniz, y se manifiesta abiertamente la “enemistad [humana básica] contra Dios” (ver Romanos 8:7). Se trata del espíritu de Satanás en guerra abierta y final contra Cristo, pero ahora personificado plenamente en la humanidad.

Ahora vemos ya evidencias de esa clase de engaños de Satanás, quien manifiesta su poder para engañar mediante el movimiento de la Nueva Era (en sus facetas multiformes, incluyendo el misticismo oriental, el romanismo medieval y el conglomerado que aglutina el movimiento de la iglesia emergente que es heredero de las anteriores). De forma similar a como las ranas saltan en todas direcciones, de forma que uno es incapaz de predecir hacia dónde darán el salto siguiente, así aparecen los engaños aquí y allá por toda la tierra. Los hombres no se dan cuenta de que las fuerzas que empujan a las naciones hacia el Armagedón se originan en las falsas religiones del mundo. El propósito de Satanás es que cada ser

humano en la tierra se aliste junto a él en su guerra desesperada contra Dios. Hasta el momento en que una persona rechaza la verdad que Dios le envía, no puede ser completamente seducido por las mentiras que Satanás le presenta. Pero una vez que rechaza finalmente la verdad queda sin defensa posible contra ellas.

De acuerdo con Apocalipsis, después de un cierto tiempo las naciones de la tierra aprobarán un decreto que autorice a la gente a quitar la vida a los santos. Pero como siempre ha sucedido, Cristo se identifica con su pueblo perseguido. Toma la declaración de guerra contra su pueblo como dirigida hacia él mismo. Cuando la Babilonia mística apruebe ese decreto habrá cometido su último y trágico error, y resultará irremediabilmente condenada.

El secamiento del “[gran río Éufrates](#)” también evocaba en el pueblo hebreo el recuerdo de otro suceso épico en su historia, que tiene igualmente importancia para nosotros en estos últimos días. Cuando el reino de Babilonia estuvo en su apogeo de gloria y orgullo, el Señor envió a su agente —el rey Ciro— para derrotarla. Pero la ciudad de Babilonia disponía de tremendas murallas y baluartes. ¿De qué forma podría tomarla Ciro?

Dios había previsto la forma en que Ciro tomara la ciudad. El rey Ciro secó las aguas del río Éufrates que atravesaba Babilonia por su mitad, desviando su cauce hacia un lago cercano. Sus soldados marcharon entonces por el cauce seco del río que discurría bajo las puertas de bronce y tomaron la ciudad (ver Isaías 44:27 al 45:13). Eso ilustra cómo se “secará” el poder de las defensas de la Babilonia mística. La gran ciudad edificada sobre mentiras colapsará sin remedio.

Cada uno de nosotros estará de una parte, o bien de la contraria en esa batalla final. Judas Iscariote nunca imaginó que su incredulidad

terminaría en el trágico acto de traicionar a Cristo poniéndolo en las manos de sus enemigos. Su idea al principio era simplemente jugar con el pecado, con la intención de parar antes que fuera demasiado tarde. Pero resultó arrastrado por una marea de maldad irrefrenable hasta llevarlo al hecho terrible que lo ha cubierto de vergüenza a perpetuidad.

Quienes se junten para luchar contra Dios en la batalla de Armagedón repetirán el pecado de Judas y el de los dirigentes judíos que crucificaron a Cristo. De esa forma todo el mundo se condenará a sí mismo, cada uno pronunciará sentencia sobre sí mismo. Cuando Cristo regrese por segunda vez los sorprenderá en el acto mismo de rebelarse de forma abierta y desafiante.

Apocalipsis 16:17-21: El séptimo ángel derramó su copa por el aire. Y salió una gran voz del santuario del cielo, desde el trono, que decía: “¡Ya está hecho!” [consumado es]. Entonces hubo relámpagos, voces, truenos y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande cual no lo hubo jamás desde que los hombres existen sobre la tierra. La gran ciudad se dividió en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron. La gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira. Toda isla huyó, y los montes ya no fueron hallados. Del cielo cayó sobre los hombres un enorme granizo, como del peso de un talento. Y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo, porque su plaga fue sumamente grande.

Esta plaga es universal. El séptimo ángel derrama su copa “por el aire”, y todo el que respire la sufrirá, a excepción de quienes gocen de la protección del Señor. La batalla de Armagedón será abreviada por la aparición del Rey de reyes con los ejércitos del cielo. Las naciones “pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes” (Apocalipsis 17:14).

Cuando Jesús colgaba de la cruz la gente malvada que lo había crucificado estuvo cerca de colmar la copa de su iniquidad. Cuando siguieron sus pasiones pecaminosas hasta su final homicida contra el Hijo de Dios, Jesús clamó: “Consumado es”. Los malvados habitantes de la tierra seguirán en las pisadas de ellos y llenarán la copa de su iniquidad. Una voz procedente del trono declarará entonces: “Hecho está” [consumado es].

Cuando un ángel poderoso se acercó al sepulcro de Cristo en la mañana de su resurrección se produjo un gran terremoto. ¡Imagina qué terremoto habrá cuando todos los ángeles del cielo vengan a esta tierra!

Las grandes ciudades de la tierra, tales como Londres, París, Nueva York o Tokio, caerán. Los edificios colapsarán como la torre de piezas bajo el toque descontrolado del niño que la edificó. Escribió el profeta del Antiguo Testamento: “El Señor ha abierto su arsenal y ha sacado las armas de su indignación” (Jeremías 50:25, LBLA).

Se dice que el peso de un “talento” equivale a casi 23 kg. A pesar de la caída por toda la tierra de ese temible granizo de peso desmesurado, ni uno solo de los malvados se arrepentirá. Al contrario: “Blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo”.

Las Escrituras describen en muchos lugares estas mismas plagas postreras. “Jehová rugirá desde Sión, dará su voz desde Jerusalén y temblarán los cielos y la tierra; pero Jehová será la esperanza de su pueblo, la fortaleza de los hijos de Israel” (Joel 3:16).

El Señor ha advertido explícitamente al mundo acerca de la llegada de esa plaga: “Ajustaré el juicio a cordel, y a nivel la justicia. El granizo barrerá el refugio de la mentira, y las aguas inundarán el escondrijo” (Isaías 28:17).

El mismo terremoto que pondrá a temblar las ciudades abrirá los sepulcros. “**Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua**” (Daniel 12:2). Quienes tuvieron parte en la crucifixión literal de Cristo —por ejemplo, Caifás— habrán de tener una resurrección especial para ver a Cristo viniendo en su gloria tal como él les anunció: “**Veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo**” (Mateo 26:64). Caifás clamó: “**¡Ha blasfemado!**”, pero entonces habrá de verlo por contarse entre quienes “**lo traspasaron**” (Apocalipsis 1:7). Caifás, junto al resto de quienes traspasaron al Señor, han de morir tres veces: la primera cuando fallecieron hace muchos años; una segunda vez tras haber participado de esa resurrección especial en la que verán a Cristo venir en su gloria; y la tercera y definitiva en la “**muerte segunda**” al final de los mil años (ver Apocalipsis 20:14).

Pero muchos, en esa misma ocasión, resucitarán para experimentar la felicidad eterna: “**El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces los muertos en Cristo resucitarán primero**”. Estos, juntamente con los que estén vivos y hayan honrado al Señor durante el tiempo de las siete plagas postreras, serán “**arrebataados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire**” y vivir para siempre (1 Tesalonicenses 4:16-17). De esa forma será librado el pueblo de Dios. Ninguna plaga afectará a sus hogares. Se les promete que ni uno de sus cabellos perecerá.

Cierto habitante rico de Londres quiso ayudar a un joven que aún no se había entregado a Cristo como su Salvador. Una tarde dijo al joven: ‘¡Cuando regrese Cristo te daré todo mi dinero, mi casa y mi automóvil!’

—‘¿De verdad lo hará?’, preguntó el joven con interés.

Pero esa noche, mientras el joven pensaba sobre su almohada en aquella oferta, se preguntó: '¿Para qué valdrá todo el dinero, la casa y el automóvil cuando Jesús venga?' Se arrodilló al pie de su cama y entregó su corazón a Cristo.

Antes que Cristo venga habrá perdido absolutamente su valor toda la riqueza de este mundo. “[Aquel día arrojará el hombre a los topos y murciélagos sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que le hicieron para que adorara. Se meterá en las hendiduras de las rocas y en las cavernas de las peñas a causa de la presencia formidable de Jehová y del resplandor de su majestad, cuando se levante para castigar la tierra](#)” (Isaías 2:20-21).

El Apocalipsis —o revelación— de Dios nos ha proporcionado un conocimiento previo de ese gran día.